

Cuatro vistas panorámicas de Avila, con el campo y la sierra cercana.



ENRIQUE LARRETA Y SU NOVIA PARA SIEMPRE



«...Es tan fuerte mi amor y mi ilusión tan vehemente que hasta llego a imaginar, a veces, que habré de reposar aquí, en algún arrabal; pero muy arrimado a sus muros. Para ¡siempre, siempre, siempre!, como solía repetir vuestra Santa».—(Del reciente discurso de Enrique Larreta, en Avila).

Larreta ha vuelto a España. Se ha hospedado en un gran hotel de Madrid, ha recibido agasajos personales y oficiales, ha asistido a fiestas de gala en su honor y a tertulias literarias en que la actual juventud española lo ha reconocido

como maestro. Ha madrugado como de costumbre y ha salido a recorrer la ciudad y sus alrededores a esas horas tempranas en que se clarifica en la luz nueva la pura verdad de las cosas. Ha recibido la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, con que el Estado español premia los grandes esfuerzos del pensamiento, los más altos servicios de fidelidad a la tradición espiritual hispánica. Pero nada de esto ha llenado plenamente el corazón del poeta. Sólo cuando Larreta deja la urbe y se va campo de Castilla adelante, trémulo de anhelo su corazón de enamorado,

para ver otra vez, después de trece años de ausencia, a la dulce novia de piedra, que le corresponde con su amor inalterable, experimenta el poeta y escritor Enrique Larreta, el discreto enamorado de Avila, esa íntima frescura de una emoción inédita y goza esa renovada ilusión de amor, única que hace al alma vivir fuera de sí y del tiempo en que vive. Unica que puede hacer sentir esa «gracia viva, que sólo como certidumbre interna puede sentirse», en decir de Spengler.

No es el de Larreta un caso único. No es el primer escritor o poeta que se enamora de una ciudad, la visita y corteja con amor tan fuerte y puro, que llega como a desposarse con ella. Entonces la ciudad amada se convierte en receptáculo fecundo del genio amante, y, de esta poética y casi mística unión, nace un libro—novela o poema—que da gloria imperecedera al artista enamorado. Y a su vez, en virtud de esa facultad de exaltación y ensalzamiento que tiene el amante para con el objeto amado, la ciudad



escogida pasa también del mapa geográfico y vulgar de los atlas al mapa poético. Y de olvidada capital de provincia se convierte en capital de Distrito literario en esa otra geografía universal de lo maravilloso.

Tal es el caso de la ciudad de Avila y el novelista y poeta argentino Enrique Larreta. Pues aunque las piedras medievales de la ciudad castellana estaban ya transverberadas por la gloria divina y humana de Santa Teresa, no son pocos los millones de seres que, en los últimos treinta años, han vivido espiritualmente en su recinto a través de las páginas de un libro—«La Gloria de don Ramiro»—, fruto sazonado y apasionado del encendido amor de Larreta a la ciudad de los Santos y los Caballeros.

Larreta había nacido en la tierra de anchas pampas. «En la pampa escueta, espiritada y anhelosa, con un trozo ideal de horizonte, y su belleza casi incorpórea, lírica, abstracta», como él mismo la describiera. Había nacido en la tierra dolorida de su «Zogoibi», tan silvestre, espiritual y eterno. Y desde la pampa nueva y gaucha—que es lo mismo que noble—el hijo de América soñaba con la vieja meseta, con el solar y la solera—piedra y espíritu—de su raza castellana. Y soñando además un héroe y un escenario para su obra, Larreta se enamora de Avila, como sucede con todos los grandes amores: antes de conocerla.

Fué en 1902 cuando el joven y discreto enamorado hace su primera visita a la amada ciudad castellana. El ilusionado amator llegó una tarde a las orillas del río Adaja, y desde allí se fué acercando solo a la muralla, en esa hora que las piedras medievales de Avila parecen transustanciadas por la luz dorada del crepúsculo. Se acercaba el poeta, tembloroso de una emoción desconocida.



La vieja espadaña castellana se anima todos los años con estos nidos de pacíficas cigüeñas... Y en la silente ciudad, en cualquier rincón, resplandecen aún nobles fachadas y solemnes complementos próximos, como este pedestal con un león de piedra. A la izquierda: Uno de los recónditos patios que abundan en la ciudad amurallada.





Cualquier rincón o escena de Avila tiene particular encanto; así, este gracioso tejadillo sobre el grave portalón; así, la figura de este religioso que alcanza el borde de su secular y amada campana. A la derecha: Otro patio florido y rumoroso, en la castellana ciudad de Santa Teresa, en la castellana Avila de los Caballeros.

Adivinaba ya el milagro de poesía y amor que había de producirse allí. Desde aquella primera visita Larreta y Avila se amaron para siempre. A los ojos del poeta enamorado la recatada ciudad de los Santos va descubriendo encantos irresistibles. Las calles empinadas y retorcidas de la Abula visigótica y romana, de la Avila castellana y medieval, le ofrecían el secreto de sus consejas y el espíritu de la historia, con el martirio de San Segundo y las huellas de la herejía priscilianista. Cada noche recorre el galán los 9.075 pies del camino de ronda, perímetro de aquellas murallas del siglo XI, y se detiene en cada una de las ochenta torres, hasta que ya a la amanecida, con el cerebro encendido de tanto soñar, esperaba el alba para ver una vez más a su amada con el velo de oro y púrpura que tendía la aurora sobre los 2.500 merlones de sus murallas. Esas almenas de piedra gris y cielo único. ¡Qué piedra y qué cielo! ¡Avila, única!, debió exclamar una y otra noche el enamorado poeta. Hasta que un día, con toda su cargazón de emociones y de ilusiones, se volvió Larreta a su Buenos Aires, a soñar ausencias de su amada y a escribir su obra inmortal.

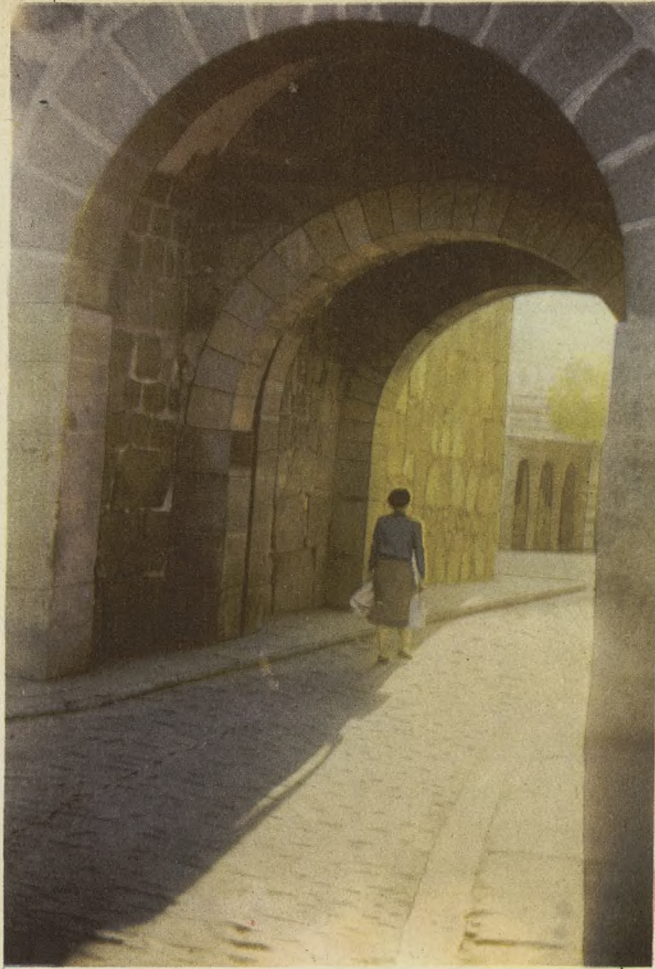
Seis años—ahora lo confiesa Larreta con orgullo—se pasó en su tierra soñando con Avila, con «Ramiro», con don «Iñigo» y doña «Giomar», con «Diego Franco» el campanero, con la bella «Aixa» y el canónigo «Vargas».

Soñando y viviendo su libro. Seis años sin apartar el pensamiento y la imaginación de su amada ciudad de piedra y espíritu. Larreta y Avila se adoraban con esa fuerza que da la distancia a las pasiones fuertes y verdaderas. Poco a poco el poeta y la ciudad se iban entregando mutuamente su sueño... Así nació de este amor «La Gloria de don Ramiro», la novela que iba a marcar una época en la historia





El convento de Santo Tomás, estilo ojival del siglo XV, construído por orden de los Reyes Católicos, es uno de los monumentos de más alto valor con que cuenta Avila.



Por arcos de piedra como el de esta estampa penetra el luminoso sol de Castilla. Siempre la contada figura, el solitario peatón, anima este juego de expresivas luces y sombras.



Al fondo, fachada principal del templo de Santa Teresa, bella muestra de estilo barroco, que se levanta en el mismo solar donde estuvo la casa en donde nació Santa Teresa.

de la literatura americana. Resurrección histórica y estética de unos hombres y una época—la de Felipe II—, esta obra es ante todo la creación de una fecunda y potente imaginación de novelista, y la endecha de un verdadero poeta enamorado a la ciudad de Avila, su novia para siempre.

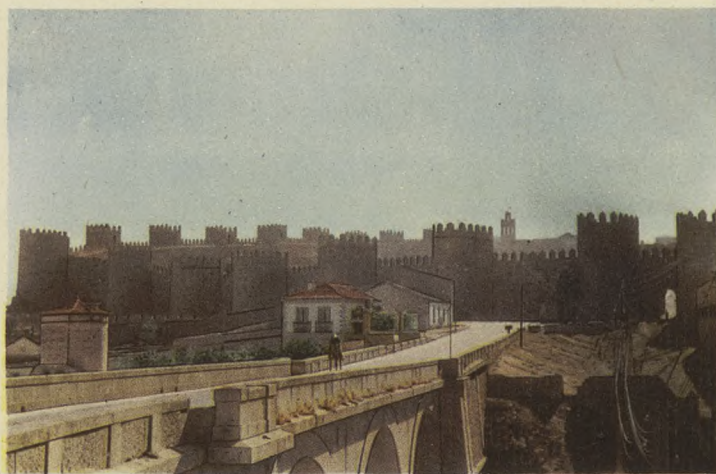
Ahora, después de cuarenta años, Larreta vuelve una vez más a su Avila. Esta vez ya no es un joven ilusionado. Es un hombre maduro y cargado de gloria. ¡Con qué cariño fué reconociendo cada recodo de aquellas calles tortuosas donde se ha parado el tiempo! Cada torre con sus almenas de piedra y de cielo. Hasta las borrajas que él viera en el adarve de la Catedral, siguen floreciendo allí cada primavera. Larreta recibió entre tantos homenajes españoles los agasajos del pueblo abulense, y se vió obligado a declarar públicamente y con rubor los secretos de su viejo amor a la ciudad. En las palabras del discreto enamorado de Avila, había un temblor de profunda emoción y un acento de infinita nostalgia. A nadie reveló el poeta este secreto

que a través de sus palabras adivinamos oculto en su corazón. Y es que su discurso, su saludo a la ciudad de sus amores, tenía algo de despedida. El secreto dolor del poeta quizá sea éste: Larreta se da cuenta de que para él han pasado cuarenta años. Mira de nuevo a la ciudad bien amada, y, ¡oh, milagro!, Avila no ha envejecido. Sigue tan antigua, tan joven y tan eterna... El escritor medita: «¿Qué suponen cuarenta años más en los nueve siglos de sus murallas de piedra y de luna?» El tiempo no cuenta para Avila, donde todo es incorruptible: las piedras, los sueños, la historia y el cuerpo de Santa Teresa.

Por eso creemos adivinar en las palabras del discurso de Larreta una tristeza infinita, una despedida de los dos amantes, que siempre puede ser hasta la eternidad. Y por eso habla él de reposar arrimado a sus muros para «¡siempre, siempre, siempre!». Es una romántica aspiración de enamorado.

J. A. C.

Madrid, 1948.



Por el lado del río, la muralla, entre dos torres gemelas, forma una de sus históricas e impresionantes puertas. Y la plaza, también con su fondo de murallas, se alegra bajo el sol, sin que le falte hoy el moderno brillo de los inevitables automóviles.



(FOTOGRAFÍAS EN COLOR POR JOSE M.^a LARA)